atónito y atribulado D. Carlos al recibir la increible noticia de tal tragedia, y rodeándole particularmente y gozando con él de superior influjo los amigos de las recien sacrificadas víctimas, fulminó contra Maroto un decreto de proscripcion fundado en la justicia mas evidente. Pero el osado general no era hombre que se dejase oprimir sin resistencia, ni se habia arrojado á un acto de violencia como el que acababa de cometer sin tener resolucion y medios de sustentarla. Así, seguido de tropas que le fueron fieles, no vaciló en irse para donde estaba su rey, mas con trazas de rebelde dispuesto à dictarle leyes, que como súbdito que acudia à pedir la revocacion del decreto que le condenaba, si bien disfrazaba con el mal discurrido pretesto de esto último su nuevo arrojo, Llenóse de pavor el pretendiente, no osando contar con el corto número de soldados que al lado de su persona tenia, y careciendo del valor y de la habilidad con que aun en tales circunstancias un monarca y cabeza de partido impone respeto y reduce á la sumision á los que se han separado de la obediencia, el pobre príncipe solo pensó en ceder á una fuerza á que no encontraba medios de resistir. Antes que llegase á presentàrsele Maroto, revocó la severa providencia que contra él habia dictado; le declaró buen servidor suyo; le continuó en el mando; aun vino á aprobar implícitamente la muerte dada á sus generales, y, para completo desdoro de su nombre y de la corona que pretendia ceñirse y aun ya llevaba entre los suyos, mandó que su manifiesto contra su general fuese recogido y destruido para que de él no quedase memoria. Escapando de este modo de un peligro inminente, se puso D. Carlos en otro de efecto remoto, pero constante y mas seguro. Quedaron sus súbditos mas desunidos que antes, profesándose las dos parcialidades que dividian su ejército y corte vehemente y enconado odio.

Durante los acaecimientos que emplearon las armas de los carlistas en amenazarse y dañarse unos á otros, mantúvose el ejército de la reina impasible espectador de la confusion reinante en el campamento enemigo. Acaso embistiendo en aquella hora á gentes entre sí enemistadas habria sido fácil vencerlas, pero por otra parte caer sobre ellas podria haberlas llevado á unirse para hacer frente de concierto al comun contrario. Sospechose despues que Espartero, ya de acuerdo con Maroto, le dejaba obrar á su gusto, pero la verdad de esta sospecha no ha podido aun ser averiguada.

No bien se restableció la paz aparente, aunque no la concordia entre los carlistas, cuando empezó Espartero á hacer preparativos para señalar con hechos importantes la campaña de la primavera de 1839. Al cabo, dejando los lugares donde solia residir en las márgenes del Ebro con su principal fuerza, pasó á buscar al enemigo muy por la derecha de este y hácia los lugares donde confinan las montañas de Santander y los vecinos valles de Castilla con el pais vascongado. Una série de combates ilustró las operaciones de ambos ejércitos en el mes de mayo, dejando á las tropas de la reina victoriosas. La lid mas reñida en aquella série de encuentros fué hácia la cueva llamada de Ramales, donde hubo de pelearse casi en las entrañas de la tierra, ganándose puestos bien

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación